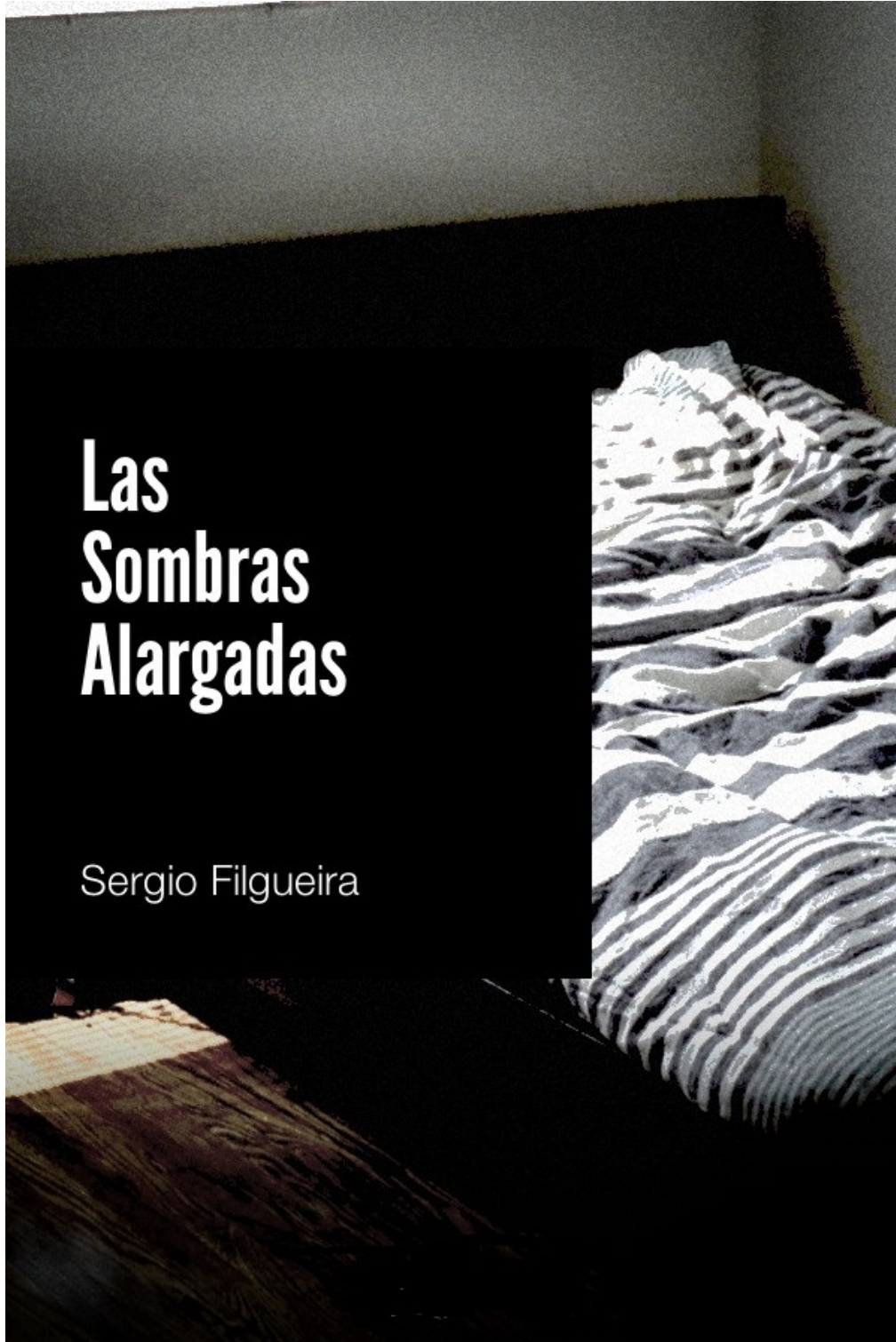


# Las sombras alargadas

Sergio Filgueira Jimenez



## Capítulo 1

Se despertó con los ojos enrojecidos y una enorme sensación de pesadez en la cabeza. Demasiado alcohol, demasiada coca..., demasiado viejo. Así es como le hacía sentir la joven que aún dormía a su lado. ¿Qué edad tendría? ¿Veinticuatro, veinticinco? Observó su piel tersa y suave, apenas cubierta en algunos puntos por elaborados tatuajes. No se le veía la cara, cubierta por una maraña de pelo de un color azabache, pero la recordaba guapa; no tanto como otras de antaño, pero sí lo suficiente.

—Despierta —le dijo, zarandeándole un muslo que notó firme—. Tengo que irme.

Se sentó al borde de la cama mientras ella daba las primeras señales de vida mediante movimientos perezosos y protestas ininteligibles. Apoyó los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, como si así fuera a dejar de dolerle. Después de realizar un segundo intento para que la chica se pusiera en pie alzó la mirada hacia el enmarcado póster que promocionaba la película que se había rodado como adaptación del más famoso y rentable de sus libros: La noche de los velos rojos, un thriller de alto contenido erótico, plagado de buenos personajes, que le encumbró en la lista de superventas, posición que llevaba tiempo intentando volver a alcanzar. Ninguno de sus dos trabajos posteriores lo había logrado, y el tercero, según las primeras críticas, no iba a mejorarlos. La presión le ahogaba. Ese primer libro le había procurado el dinero con el que pudo pagar el lujoso apartamento que ocupaba en el centro de la ciudad, y también, que no es poco, la fama que había llevado a esa chica a su cama. Sin duda había comprobado en sus propias carnes la tóxica veracidad del dicho que reza que lo verdaderamente complicado, una vez alcanzas el éxito, es mantenerse en la cúspide. Pero eso, se decía, no era culpa suya. El escritor repartía la responsabilidad del fracaso de sus posteriores trabajos entre la prensa, la editorial e incluso el público, deseoso, como lo está un drogadicto, de repetir el subidón de la primera dosis. Lo cierto, sin embargo, es que le aterraba la idea de que su estrella acabase por perder su brillo y nunca más volviera a iluminarse.

Por fin se puso en pie. Con paso lento rodeó la cama hacia el aseo adyacente al dormitorio, donde se dio una ducha pensando en que si esa como se llame no estaba despierta y vestida cuando acabara, la iba a sacar desnuda al rellano. Por suerte, al salir unos minutos después con una toalla amarrada a la cintura y el pelo húmedo, comprobó que la última depositaria de su lujuria ya no estaba en la cama. Fue hasta el salón y allí la encontró, sentada en el sillón y cubierta con la sábana, inclinada hacia adelante esnifando una raya de cocaína que había hecho —al parecer no había encontrado un lugar mejor— sobre la portada del libro que se acababa de publicar. Esa, pensó él, era la imagen de la decadencia; un puñetazo en el hígado a cargo de un destino con aire vacilón y puño de boxeador.

—Supongo que querrás que te lo dedique —dijo con marcada ironía el

autor de la obra.

—Después de pasarte la noche rompiéndome el culo, digo yo que es lo menos que puedes hacer —respondió ella con aire desafiante y poco atractivo—. No imaginaba yo que tu libro era autobiográfico.

—¿Cuál de ellos? —preguntó él cruzándose de brazos.

—El bueno, ¿cuál va a ser? Y por cierto —añadió señalando la bolsita en la que se veían restos de polvo blanco—, eso me lo llevo.

El escritor aún tenía abierta la herida producida por la respuesta de la joven, poca paciencia y cada vez menos aguante para las resacas.

—Llévate la televisión, si quieres; pero vete de una puta vez de mi casa, joder.

Hacía horas que tenía que haber salido. El primer pago por haber incumplido la promesa que le hizo a su agente, según la cual se quedaría en casa y se acostaría pronto, era el endiablado tráfico en el que se veía envuelto. Arenas movedizas de las que es casi imposible escapar. Y hablando del diablo, el teléfono conectado al ordenador del Mercedes que conducía, también obtenido con los réditos propiciados por la adaptación al celuloide de su primer libro, empezó a sonar. Accedió a la llamada presionando un botón del volante.

—Ya en camino, supongo —dijo por todo saludo el hombre que, ya desde el inicio de su carrera literaria, se llevaba una jugosa comisión de sus beneficios.

Hombre con imaginación y pocos escrúpulos, el escritor añadió un centenar de kilómetros a la escasa distancia que había recorrido en realidad.

—No me vengas con esas. ¿Con quién te crees que estás hablando? Sé que ayer estuviste bebiendo con una morena que bien podría ser mi hija, hasta que cerraron los bares.

—Créeme —respondió a la acusación el escritor—, ni tus mejores genes podrían, en un millón de años de evolución, llegar a crear un cuerpo como ese.

—Bastardo con suerte... Espero que te haya comprado muchos libros, amigo, porque como no llegues a tiempo a la presentación y te crees mala fama vas a tener serios problemas para mantener tu estilo de vida.

Esa sensación mostrándose siempre entre las sombras.

—Tal vez la cosa habría ido mejor si mi agente me hubiese acompañado. ¿Recuerdas cuando me abrías las botellas de champán? Creía que me había salido un hermano siamés gordo y calvo.

Eso hizo al otro recular un poco.

—Lo sé, lo sé... Pero tenemos una escritora nueva que...

—¿La que escribe sobre magos con acné juvenil? ¡Por Dios!

—No te burles, cabronazo. La chica tiene talento, nos hace ganar dinero y tengo que cuidar de ella. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Hijo de puta...

—¿Qué?

—Perdona, no era a ti. Un cabrón se ha cruzado sin poner el intermitente.

Todo eso era mentira.

—Ah. Bueno —decidió conformarse el otro.

—Y dime..., al señalar que esa nueva escritora tiene talento, ¿debo pensar que yo ya no lo tengo, o es solo que ella tiene más que yo? ¿Tú también piensas que sigo creando buenos personajes pero que no consigo que a los lectores les interesen las cosas que les suceden? He leído la crítica. El hombre al otro lado del teléfono respondió tras unos incómodos segundos.

—No hagas caso de los críticos —dijo por fin—. Eso es de primero de «Mamá, quiero ser escritor». El gilipollas que escribió eso odia a todo el que dé muestras de tener un talento superior al suyo, lo que hace que en la práctica solo la gente con parálisis cerebral le resulte agradable.

—No pensábamos eso cuando hizo aquella crítica tan favorable de los velos rojos —así es como se refería él a su primer libro.

—¿Qué pasa? —replicó el otro—; te noto deprimido. ¿No se te ha levantado esta noche? No te preocupes, hombre, eso pasa con la edad. Yo tomo unas pastillitas que...

El escritor se apresuró en cortarle; no le interesaban los problemas de erección de su interlocutor.

—Bueno, vale —se resignó la voz al teléfono—. Oye, te tengo que dejar. Sabrás llegar, ¿no? Te mandé la ubicación al teléfono, junto con la reserva del hotel. Sé amable con los organizadores de la presentación, y gánate a los lectores. Y sobretodo, y esto es muy importante: mantente alejado de las mujeres que lleven anillo; ya no tienes edad para ser un enfant terrible, y esos escándalos dejan de ser rentables cuando no eres el niño mimado de la crítica. ¿Me oyes?

El escritor apretó los labios.

—Alto y claro.

Quedaron en volver a hablar tras la presentación y se despidieron después de que el agente le desease suerte.

Aún tardó casi una hora en salir de la ciudad y lograr tomar la autopista. El tráfico era más fluido allí, por lo que albergó la posibilidad de recuperar algo de tiempo. Le deprimía sobremanera la idea de recorrer el país de librería en librería, escuchando siempre los mismos comentarios y las mismas preguntas, tratando de corresponderse con la imagen que todos esos desconocidos se habían hecho de él a través de sus personajes. Ese fue el motivo por el que decidió salir la noche anterior y emborracharse: armarse de valor. Por desgracia la resaca había quedado fuera de sus elementos de cálculo, y esta estaba respondiendo con fiereza a tal menosprecio. Tampoco ayudaba el sol, que brillaba con insistencia. El conductor subió el aire acondicionado y puso la radio, aunque la quitó poco después; no le apetecía oír música ni escuchar hablar a nadie. Al menos iba dejando atrás a cuanto vehículo se encontraba, lo que le producía cierta satisfacción; era como si así el tiempo pasase más rápido y el tedioso trámite fuese a acabarse antes. En ningún momento pensó en la chica de la que tan abruptamente se había deshecho unas horas antes;

y es que para alguien que había hecho del egoísmo un lícito modo de vida, las personas eran como personajes de historias escritas por otros: una vez se cerraba el libro, dejaban de existir.

Pasadas unas horas se detuvo a comer algo en el restaurante de una estación de servicio, acto del que se arrepintió nada más entrar al establecimiento y escuchar ese agresivo murmullo que, unido al de cubiertos, platos y bandejas produce la afluencia de personas en un espacio amplio y cerrado. Por supuesto no podía faltar tampoco el agudo chillido de varios niños cansados tras haber pasado horas en el coche. La madre que los parió... Fue a refrescarse la cara al baño, donde el sonido quedó amortiguado y obtuvo por fin un momento de refrescante paz. Al salir, y tras pedir algo ligero, se sentó en la mesa más alejada del resto de comensales que encontró. Pero al regresar al coche, de nuevo esa sensación de inconformidad que tan difícil le hacía la vida: nadie le había molestado. Ni un autógrafo, ni tan siquiera señalarle de lejos entre susurros «¿Sabes quién es aquél de allí?» Eso era bueno, pues antaño esas situaciones llegaron a hacerse muy molestas; pero también significaba que nadie le había reconocido. No era de extrañar, puesto que ya hacía tiempo que no pisaba un plató de televisión. Pero aun así experimento una cierta sensación de agravio.

A media tarde estaba convencido de que llegaría a su destino antes del anochecer. Ya era capaz de verse tomando un baño y durmiendo hasta diez minutos antes de empezar su presentación. El plan se desvaneció, sin embargo, cuando vibró una alarma en su teléfono: había habido un accidente unos kilómetros más adelante, por lo que la carretera había sido cortada formando una larga retención. Blasfemó maldiciendo su destino, pero entonces vio la señalización de una salida. Con suerte, pensó, podría cogerla antes de quedar bloqueado. Suspiró con alivio cuando poco después desplazaba el coche a la derecha para alejarse de la autopista. No estaba todo perdido. Pasó de largo un par de poblaciones pequeñas, y al rato, ya declinando la tarde, observó que la carretera cruzaba un bosque. Al principio se veían algunas casas repartidas a ambos lados de la carretera, confortablemente espaciadas unas de otras, lo que le hizo envidiar la tranquilidad en la que debían vivir sus moradores. Pero pronto, tras un rato sin ver una sola edificación, tuvo la sensación de que estaba solo. Dirigió la mirada a la pantalla que resaltaba en el salpicadero, donde el indicador de ruta insistía obstinado en que volviera a la autopista. Esa, si aspiraba a llegar pronto al hotel, no era ya para el conductor una opción. Además, estaba seguro de que al otro lado del bosque se encontraba el lugar al que se dirigía.

Anocheció. Todo lo que veía era el asfalto que iluminaban los faros del coche; el resto se sumía en la más absoluta oscuridad. Tampoco se encontró con ningún cartel indicativo que pudiera decirle dónde estaba o adónde se dirigía. Y no tardó en llegar el primer bostezo. Poco después estaba luchando por mantener los ojos abiertos. Ni como lejano reflejo de cordura pasó por su cabeza la posibilidad de detener el coche y descansar



algo, lo imprescindible. Tal era su empeñamiento por llegar, que pronto se vio calculando cuántos segundos podría mantener los ojos cerrados, solo para descansar un poco la vista, a tenor de que cuanto tenía frente a él era una recta línea de asfalto. Como si de una farsa de juicio se tratase, esgrimió el argumento de que si el volante se desplazaba a uno de los lados esto sería en todo caso algo apenas perceptible, y por supuesto subsanable. El fiscal permaneció mudo, y puesto que quien debía dictar sentencia era el cansancio, el veredicto no tardó en llegar. Primero decidió probar con tres segundos: cerró los ojos, las manos sosteniendo con firmeza el volante, y contó: uno, dos, y tres. Abrió los ojos y se alegró del éxito de su ocurrencia, puesto que el coche no se había desplazado un ápice del centro de su carril. Lo probó con cuatro segundos, y el resultado fue el mismo. ¿Cinco segundos? No estaba seguro de que las luces abarcasen el espacio que el vehículo podía recorrer en esos cinco segundos, pero a esas alturas el cansancio y el sueño ya habían derrocado a su sentido común.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Al abrir los ojos dejó ir una exclamación que se acompañó de una mueca de espanto. Giró el volante a la derecha todo lo que pudo y presionó con todas sus fuerzas el pedal del freno mientras trataba de enderezar el vehículo; solo así podía aspirar a esquivar la figura que había visto fugazmente frente a él. Tras derrapar primero por el asfalto y luego sobre la tierra que lo circundaba, el vehículo quedó varado en un ángulo paralelo a la carretera, y su conductor, blanco como si toda la sangre de las venas se le hubiera refugiado acobardada en el corazón, temblando y con los ojos abiertos por el fulgurante estremecimiento, trataba de recobrar el aliento. Delante de él, a unos pocos metros, iluminado por los faros del vehículo, un cartel anunciaba la cercanía de un pueblo. Se lo quedó mirando unos instantes, como hipnotizado. Pensó entonces que no había sentido ningún golpe, y eso, unido al hecho de que no hubiese saltado el airbag, le tranquilizó; era probable que hubiera logrado esquivar a esa persona. Si es que es eso lo que era, se dijo, porque lo cierto es que apenas había podido adivinar su forma. Aun así el gesto de mirar al espejo retrovisor del exterior de su puerta estuvo plagado de angustiosa incertidumbre. El asfalto estaba teñido del rojo de las luces traseras del vehículo, pero a primera vista no se distinguía ningún elemento extraño en él. Cerró los ojos haciendo acopio de coraje y abrió la puerta. Notó que las piernas, una vez posó los pies en el asfalto y se incorporó, le temblaban. Anduvo unos metros hasta el inicio de las marcas de frenada sin encontrar ningún rastro. Pero más allá de lo poco que alumbraban las luces traseras del vehículo no se veía nada, por lo que volvió sobre sus pasos y cogió el teléfono del interior del coche. Haciendo uso de su luz

inspeccionó primero el frontal del vehículo sin encontrar rastro de ningún golpe, y a continuación los alrededores de la zona señalada por el caucho de los neumáticos, prestando especial atención a la vegetación que crecía al margen de la vía. Pero el resultado no varió. Respiró aliviado, suponiendo que lo que había visto era en realidad un animal que, a buen seguro, ya debía encontrarse muy lejos de allí.

De nuevo en el coche, con los restos de la reciente inquietud aún cobijados en el cuerpo, volvió a mirar el cartel indicador. Esta vez vio que en él había también anunciado un hotel emplazado a tan solo dos kilómetros de donde se encontraba. No le hizo falta mucho para comprender que lo que acababa de vivir era un aviso de que el cansancio le estaba venciendo, por lo que decidió aceptar la buena fortuna que el destino le ofrecía. Puso en marcha el motor, se incorporó a la carretera y a los quinientos metros cogió el desvío sugerido. No había recorrido un kilómetro cuando vio las letras amarillas que brillaban en lo alto de la fachada de un edificio: Hotel Paraíso, estaba escrito en él. Ignoró el desvío que a su izquierda brindaba acceso al pueblo, y un minuto más tarde estaba aparcando.

La recepción del hotel no estaba bien iluminada: en el pasillo que conducía al mostrador perdía en su lucha contra la oscuridad una paupérrima lámpara de pared cuyo cristal, mate y con forma de globo, dejaba ver que en su interior yacían una buena cantidad de pequeños insectos voladores que al parecer nadie había juzgado prudente retirar desde hacía mucho tiempo. Los tonos tristes y anaranjados pegaban, eso sí, con el anticuado papel pintado que, enmarcado entre zócalos de madera, mostraba interminables y gruesas líneas de colores amarillo, marrón y granate, recorriendo la pared en interminables ángulos rectos. Un banco de metal cromado y tapizado de un naranja oscuro completaba la poco alentadora escena. Esta tampoco mejoraba al llegar al mostrador, no mucho más iluminado. Sobre su superficie solo había un timbre de campana y un pequeño expositor publicitario. Detrás de ellos aguardaba el recepcionista, puesto en pie al ver entrar al inesperado cliente. El personaje era enjuto, con el cuello largo y venoso y una nuez pronunciada. Tenía lisa la parte superior del cráneo, cóncavas la mejillas y saltones los ojos. Daba algo de grima, eso pensó el escritor a pesar del amable trato que recibió de él. Lo cierto es que su extremada y servicial sonrisa parecía ajena al rostro arrugado y macilento que le daba cobijo, y en verdad daba la impresión de que estaba sorbiendo algo asqueroso de un recipiente invisible. Vestía una camisa beis; o puede que en realidad fuese blanca y le correspondiera a la luz reinante el mérito de mutar su color.

El escritor pidió una habitación para una noche.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó el hombre tras el mostrador.

Supuso el escritor que debía llevar reflejado aún en la cara el susto que se había llevado, por lo que frunció el ceño incómodo y despachó la cuestión por la vía rápida.

—Estoy bien. Demasiadas horas al volante.

—Entiendo —asintió con la cabeza el otro—. ¿Viene de muy lejos?

—Un día de viaje.

La taxativa e insuficiente respuesta hizo bajar al otro la mirada.

—Firme aquí —indicó el hombre tras abrir el libro de registro. Fue entonces cuando se dio cuenta el escritor de que no había a la vista ningún ordenador, lo que en circunstancias normales, en una noche menos agitada, le hubiese llamado poderosamente la atención.

—Perfecto, perfecto —celebró con contenido júbilo el recepcionista una vez su cliente hubo estampado su rúbrica, dando la incómoda impresión de que hasta ese momento dudase de que en realidad fuese la intención de este alojarse en su establecimiento.

Acto seguido le entregó las llaves de la habitación 414. Parecía dispuesto a acompañarle hasta ella, pero la intención fue de inmediato repelida por el escritor, que adentrándose en el pasillo que se abría a la izquierda rumbo al ascensor —señalizado por un pequeño indicador luminoso— le dijo que no se molestase.

—Sabré llegar solo —dijo.

—Es en el cuarto piso —apuntó el otro, inclinándose sobre el mostrador para asegurarse de que su cliente le oyera, pero no lo suficiente como para apreciar la mueca sarcástica que su aviso había provocado.

Bastó que pulsase el botón de llamada para que las puertas del ascensor —paredes revestidas de láminas de madera e idéntica y débil iluminación a la que dominaba la entrada— se abrieran. Al entrar el escritor dejó en el suelo la bolsa de lona que portaba por todo equipaje, como si esta hubiese multiplicado por cuatro su peso, y pulsó el botón del piso indicado. Sonó una campanilla al detenerse una vez hubo completado la ascensión, y las puertas se abrieron. El suelo de los pasillos estaba enmoquetado en un color granate y el encargado de la iluminación no había cambiado. El lugar, en resumen, resultaba deprimente. Pero de algún extraño modo, tenía su encanto. El escritor pensó que podría ser un buen lugar para ambientar una tórrida historia de lujuria y traición en la que sumergir a esos personajes al límite que siempre eran un reflejo de sí mismo. Solo le faltaba, como siempre había ocurrido desde esa primera novela, darles un motivo para que sus corazones latieran.

Avanzó por el pasillo siguiendo los números de las habitaciones: pares a izquierda e impares a la derecha. No tardó en escuchar los estridentes sonidos propios de una discusión. Estos fueron haciéndose cada vez más audibles, hasta que descubrió que procedían de la habitación que había justo enfrente de la suya. Se detuvo, puños cerrados, y resopló. La que se oía era principalmente la voz de un hombre, e incluso a través de la puerta podía notarse que estaba enfurecido. Cansado y todavía descompuesto por la experiencia que había vivido, el escritor no prestó atención a lo que esa voz decía, si bien le pareció que en unas ocasiones preguntaba y en otras recriminaba algo a otra persona. Abrió la puerta de su habitación con la esperanza de que una vez dentro el molesto sonido no fuese tan invasivo, pero nada más cerrar a su espalda fue consciente de su error. Se encomendó entonces al peso de su cansancio, y no en menor medida a que pronto se agotasen las energías del hombre que



vociferaba al otro lado del pasillo. Observó, al ir a dejar su teléfono móvil sobre la mesilla de noche, que tenía varias llamadas de su agente que no recordaba haber oído. Como colofón a esas llamadas había un mensaje de voz en el que el hombre le mostraba su preocupación porque aún no hubiese llegado al hotel que le había reservado. Le preguntaba si estaba bien y le pedía que le llamase. Pero el escritor, tras pensarlo unos segundos, rehusó la idea de complacerle. ¿Qué iba a contarle? Fuera lo que fuese, no haría otra cosa que preocuparlo aún más de lo que ya lo estaba. Mejor era, decidió, hacerlo por la mañana, más descansado, con la mente despejada y energía suficiente para afrontar las preguntas y suspicacias que sin duda levantaría su historia. Se desvistió sin apenas mirar a su alrededor —poco reseñable había que ver, si bien le llamó la atención ver un cenicero en la mesilla de noche—, y en ropa interior se metió en la cama y apagó la luz. La lógica reflexión sobre lo ocurrido en la carretera, esa imagen fugaz que le hizo pensar que estaba a punto de atropellar a alguien pronto quedó desplazada por los gritos y los golpes que llegaban desde la otra habitación. Dos, tres minutos; eso es lo máximo que pudo soportar antes de volver a encender la luz y, haciendo uso del teléfono que había a su lado, ponerse en contacto con el recepcionista. Los tonos se fueron sucediendo sin obtener respuesta, y con cada uno de ellos se acrecentaba la impaciencia del escritor. ¿Qué diablos estaría haciendo ese demacrado viejo? Por fin, harto de esperar una respuesta que no llegaba, y espoleado por el incesante sonido que se filtraba por las paredes, colgó de un golpe el terminal y se puso en pie. De igual manera cogió los pantalones, una camiseta que extrajo de la bolsa de lona, y una vez se los hubo puesto, y tras coger también su teléfono móvil y metérselo en el bolsillo trasero del pantalón, salió de la habitación y cruzó el pasillo. Tal era su enfado a esas alturas que cerró el puño y golpeó con determinación la puerta de la habitación 413. Algo sumamente extraño sucedió en ese instante: el sonido de la molesta discusión se detuvo apenas su piel hubo tocado la madera, y si bien la inercia de su temperamento le pedía llamar dos o tres veces, bastó ese primer golpe para que la puerta se abriera. Lo hizo con lentitud, emitiendo un lastimero quejido. Las cejas del escritor se juntaron para dibujar una expresión de desconfiada perplejidad al percatarse de que ninguna luz salía de esa habitación para recibirle o mostrarle sus secretos, así como que el repentino y deseado silencio parecía de repente envolverlo todo. A ambos lados del pasillo miró el escritor antes de que la curiosidad le impulsase a dar un paso al frente y, no sin un soplo de inquietud en el pecho, pulsar el interruptor a su derecha. La luz se encendió. Lo que tenía delante era, por supuesto, una copia casi exacta de su propia habitación. Se sorprendió al comprobar que en contra de lo que auguraban los golpes que había oído, todo estaba en su sitio. Es más, a primera vista no había rastro alguno de que nadie se hubiese alojado allí en mucho tiempo. Invaso por el desconcierto, el escritor resopló, brazos en jarras, mirando a su alrededor. Era incapaz de encontrarle un sentido a tan extraña situación. Estaba seguro de hallarse en el lugar del que provenían esos golpes y gritos, pero resultaba evidente que eso era imposible. Por un instante, y como si

buscase una conexión entre ambas situaciones, su mente viajó de nuevo a la carretera; a ese momento de pánico en el que creyó estar a punto de matar a alguien. Desistió de inmediato al percatarse de que el cansancio le estaba jugando malas pasadas.

—Señor.

A pesar de que la voz que sonó a su espalda era marcadamente infantil, el escritor contrajo los músculos como si hubiera escuchado de improviso un disparo. Al girarse observó que, en efecto, se trataba de una niña. Estaba de pie en el pasillo, mirándole con ojos tristes y los labios apretados en un mohín que le torcía la comisura de los labios hacia abajo y le contraía la barbilla.

—No encuentro a mis papás —notificó con voz ahogada la niña, sorbiendo por la nariz al borde del llanto una vez el escritor se acercó a ella. No tendría más de cinco o seis años; puede incluso que cuatro. Era morena, de cabello liso, mofletes redondos y algo enrojecidos. Llevaba una cinta roja en la cabeza a modo de diadema y un pijama claro con pequeñas florecillas en tonos azules—. Me he despertado y no había nadie. Me han dejado sola.

La imagen de desamparo que ofrecía la inocente criatura no logró, sin embargo, desbancar a cuanto rondaba en ese momento por la mente del adulto que la miraba con más incomodidad que interés.

—Vuelve a tu habitación —le dijo, como si estuviera a kilómetros de distancia—. Seguro que no tardarán en volver.

La niña miró la longitud del pasillo.

—No sé cual es.

El escritor dirigió una elocuente mirada al techo.

—¿No recuerdas el número de tu habitación?

La niña se encogió de hombros y meneó la cabeza.

A ese respecto sí obtuvo la comprensión del adulto. Bien era él sabedor de que en ciertas circunstancias —que en su caso solían deberse al abuso de los placeres de la noche— los hoteles pueden parecer laberintos.

—Está bien —concedió a desgana—. Te acompañaré a recepción; allí sabrán cuál es tu habitación.

La niña asintió con una apenas perceptible sensación de alivio mientras él le señalaba la dirección del ascensor. No habían dado más de un par de pasos cuando el escritor sintió que la pequeña se cogía a su mano izquierda. La notó fría, a pesar de que la temperatura en el interior del hotel era agradable. Sintió entonces vibrar el teléfono que llevaba en el bolsillo, y de él lo extrajo con la mano que tenía libre. Era su agente, una vez más. Consciente de que incluso para él resultaba cruel y egoísta mantenerlo en ese estado de preocupación, pulsó primero el botón del ascensor y luego aceptó la llamada. La puerta se abrió, y ambos entraron en la cabina mientras él saludaba a su agente. Soltó la mano de la pequeña para seleccionar del panel la planta baja, y después se pasó el teléfono a la mano izquierda.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —le decía una voz reconocible.

Alejado de la tentación de contarle la verdad de cuanto hasta ese momento había vivido, el escritor improvisó la historia de una avería en el

motor de su vehículo, y justificó no haber respondido antes alegando la exasperante falta de profesionalidad de un recién inventado mecánico. —No te preocupes, llegaré a tiempo a la presentación —concluyó, tranquilizador.

Dos segundos de silencio bastaron para que se diese cuenta de que su historia, al igual que había ocurrido con sus dos últimos libros, no había logrado hacerse con el favor del público.

—¿Seguro que no me hablas —preguntó con perspicacia su agente— desde el aparcamiento de un bar?

La lucha por recuperar una credibilidad perdida ya hacia tiempo no se vio interrumpida por el agudo sonido de la campanilla que anunciaba la llegada a su destino. El escritor seguía insistiendo en su historia cuando las puertas se abrieron, y aún hizo un aspaviento antes de girarse y bajar la mirada hacia su izquierda. ¿Dónde diablos...?

—Te llamaré mañana —dijo antes de cerrar la comunicación con su agente y salir solo del ascensor.

Fue hacia la recepción esperando encontrar allí a la niña, pero ya de lejos pudo ver que no estaba ante el mostrador. Aceleró el paso, y una vez hubo llegado lanzó una rápida mirada al llamativo pasillo de entrada. Estaba vacío, al igual que el lugar desde el que le había atendido el recepcionista de noche. Preguntó si había alguien y tocó el timbre de campana varias veces. Al no obtener respuesta se adentró tras el mostrador por el hueco que había en uno de sus extremos, llamando a la puerta que había tras él. Esperaba que el recepcionista estuviera durmiendo al otro lado, por lo que insistió. Al silencio obtenido respondió abriendo la puerta, tras la que encontró una habitación en la que había una pequeña nevera y una máquina de café situada sobre una repisa. Pero ni rastro del recepcionista ni de la niña. ¿Dónde diablos se habían metido? Hizo una rápida batida por toda la planta tratando de imaginar a dónde podría haber ido la niña, llegando a la conclusión de que eran pocos, casi inexistentes, los lugares a los que podría haber accedido, pues la mayoría de las puertas parecían estar cerradas con llave. Teniendo eso en cuenta decidió que lo único posible era que hubiese salido al exterior, por lo que corrió hacia la puerta maldiciendo el haberse involucrado. La estuvo buscando un rato. No le había preguntado su nombre, y la llamaba del único modo que podía hacerlo, «¡Niña!» No consiguió dar con ella. Pasados más minutos de los que le gustaría admitir, volvió al interior del hotel. La recepción seguía vacía. Agotado, decidió buscar papel y bolígrafo, y en él anotó lo siguiente:

«Niña perdida. Póngase en contacto con el huésped de la habitación 414 para más datos».

Dejó la nota en un lugar visible para el recepcionista. Al observarla le vino a la garganta el regusto amargo de la rendición. Tuvo que repetirse varias veces que ya había hecho cuanto estaba en su mano, antes de volver al ascensor.

Estaba llegando a la cuarta planta cuando en el exterior oyó pasos a la carrera. Dedujo que provenían de varias personas. También escuchó una advertencia que resonó con una especial reverberación: «¡Es inútil que

corras!» Alertado por lo que una frase así podía implicar, salió al pasillo en cuanto el ascensor se hubo detenido y su puerta abierto. Apenas llegó a distinguir una silueta que giraba la esquina opuesta del largo corredor, y el sonido de los pasos, en vez de perderse en la lejanía, pareció diluirse como un eco lejano y esquivo. Desconcertado por el repentino silencio, el escritor avanzó con cautela hacia su habitación preguntándose qué más podía pasar. Pero una vez estuvo ante la puerta, no se decidió a introducir la llave en la cerradura. Miró hacia su derecha, al lugar al que se habían dirigido esas personas, quienes quiera que fuesen. Consideró la situación acariciando con el pulgar la llave que tenía en la mano, y tras resoplar con resignación, y tal vez llevado por la necesidad de que toda historia tenga un final, decidió que tenía que averiguar qué diablos estaba pasando en ese lugar. Avanzó por el pasillo hasta llegar a la esquina, y al doblarla encontró una puerta que, según rezaba el cartel iluminado que había sobre ella, daba acceso a las escaleras. Salió al rellano de esa cuarta planta en la que se encontraba, y asomándose a la barandilla miró primero abajo y luego arriba. Se decidió por esta última dirección y subió los peldaños. Siguió subiendo llegado a la quinta planta, donde un nuevo cartel, más austero que el anterior, indicaba el acceso a la azotea. Para llegar a ella tuvo que cruzar un oscuro pasillo, tímidamente iluminado por un aplique de pared enrejado, parecido al que puede verse en los barcos. La puerta que se veía al fondo daba la impresión de no estar bien cerrada. Cogió aire el escritor al acercarse a ella, pues del exterior le llegó el sonido de voces.

—Vamos, hombre, ven aquí —decía una de ellas. Era densa, profunda, y sonaba a paciente condescendencia—. No te vamos a hacer nada. Solo quiere hablar contigo.

—¡No! —replicó otra voz. Esta sonaba temerosa, por lo que era fácil deducir que pertenecía al hombre que había tratado de huir—. ¡Me matará, lo sabéis bien!

Otra voz, esta más aguda, fue la que le respondió.

—Si es lo que desea —dijo en tono de burla—, serás el primero en saberlo.

Con sumo cuidado, sabedor de que el más leve impulso sobre las viejas y corroídas bisagras alertarían a esos hombres de su presencia, el escritor se posicionó de modo que pudiera observar la escena por la rendija que dejaba la puerta entreabierta. No le fue difícil asignarle un dueño a cada una de las voces que había escuchado: el que había tratado de huir estaba de espaldas al vacío, intentando mantener a sus perseguidores a una prudente distancia, y aunque era difícil verle bien porque se interponía el más delgado, el que había usado un tono más agresivo y burlón, sí podía distinguirse un rictus de pavor en su mirada. Era alto, más que el hombre que dificultaba su visión, y delgado; de nariz aguileña y mandíbula estrecha y pronunciada. El pelo, oscuro, le cubría la frente, pegándose a ella merced al sudor que también hacían brillar sus pronunciados pómulos. Vestía una camisa blanca que parecía que habían tratado de arrancarle y un pantalón oscuro. Los otros dos llevaban traje; claro en el caso del más menudo, y oscuro, puede que marrón en el del

más fornido. Este era también más mayor y sereno que los otros dos, y de sus abultados mofletes sobresalían, al menos desde la perspectiva desde la que le veía el mudo espectador, unos labios gruesos que hacían que se pareciese a un sapo.

—Dejad que me vaya —suplicó el que contaba por pocas sus opciones—. Decid que os he dado esquinazo, que he logrado escapar. Dadme al menos uno o dos días de ventaja.

El más enjuto esmeró una risa hiriente. El otro apretó los labios y negó con la cabeza.

—No podemos hacer eso —dijo con aparente pesar—; no después de lo que has hecho. Ya lo sabes. Nunca nos lo perdonaría.

—Pero hace tiempo que nos conocemos —replicó el otro, apelando a lo que a todas luces se descubrían como inexistentes lealtades.

—Eres patético —sentenció rebosante de desprecio el enjuto del traje claro, dando al mismo tiempo un amenazador paso al frente—. Deberías haber pensado en ello antes de dejarte llevar por la lujuria. Ahora os matará a los dos, y durante un tiempo no va a haber quien le aguante. Le fallaron las rodillas al funesto señalado, que juntó las manos en señal de súplica.

—Pero yo... la quiero.

El melodramático gesto no logró su objetivo. Muy al contrario, provocó un arrebató de furia en el más enjuto de los perseguidores. Poco importó que el más veterano intentase impedirle hacer lo que ya se adivinaba en su arrancada colérica.

—¡A la mierda! —exclamó el del traje claro, levantando la planta del pie derecho hacia su víctima—. Él lo entenderá.

Y dicho esto, le dio un rotundo empujón que hizo que el amante, emitiendo un grito desgarrador, se precipitase al vacío.

Al otro lado de la puerta que le había servido de cobertura, el escritor se llevó la mano a la boca tratando de encerrar en ella la exclamación que le habría delatado. Retrocedió unos pasos llevado por la necesidad de alejarse de lo que acababa de presenciar, pero la mala fortuna quiso que con la espalda desequilibrase unas varas de hierro de metro y medio de altura que alguien había dejado ahí con desconocido propósito. Las oyó rasgar la pared en su caída, pero poco pudo hacer por evitar que acabaran estrellándose contra el suelo emitiendo un escandaloso sonido. En estado de pánico al saberse descubierto, imaginando con la fuerza de un alud lo que esos hombres le harían al descubrirle como testigo, corrió por el pasillo, huyendo como había tratado de hacer quien tan mal destino había tenido. Abrió puertas y bajó escaleras a un ritmo frenético, y llegado a la quinta planta se dirigió al ascensor sintiendo a la espalda el aliento del hombre del traje claro, mortal y veloz como lo esbozaba su aterrorizada mente. Entró en el ascensor evitando mirar atrás, sacando el móvil del bolsillo apenas hubo pulsado el botón que le conduciría a la primera planta. Solo se tomó un segundo de respiro cuando la puerta se cerró y se adivinó temporalmente a salvo. Marcó el número de la policía y sintió que el aliento le abandonaba mientras esperaba, durante tres largos y angustiosos tonos, que alguien le respondiera. Por fin una voz le preguntó



cuál era su emergencia. Respondió reclamando hombres armados en el hotel, advirtiendo de la presencia de asesinos que buscaban en él a su próxima víctima y anunciando la muerte de aquél desconocido. No importó que la persona al otro lado de la línea le pidiera calma; la puerta del ascensor estaba ya a punto de abrirse, e ignoraba qué podía encontrarse al otro lado.

—¡Vengan rápido, o me matarán a mí también!

Fue lo último que dijo antes de colgar.

Sonó la campanilla, y los aumentados sentidos del escritor pudieron oír cómo se iniciaba el mecanismo que abriría las puertas automáticas. Fue como si se descorrieran unas cortinas; el telón del que podía ser su último acto. Pero al otro lado no había nadie. Solo podía oírse su respiración, acelerada como las ruedas metálicas de un tren de vapor sin frenos. Se armó de valor y salió de ese ataúd de metal corriendo, pues tenía claro su destino. Fue al mostrador de recepción, de nuevo vacío, y se metió en el cuarto trasero que ya antes había inspeccionado buscando a la niña.

Desde ahí podría ver llegar a la policía. Dejó la puerta entornada con ese fin, e intentó por todos los medios serenarse, consciente de que el corazón le batía sin control en el pecho y su respiración se había tornado en delatores jadeos. Pasó los siguientes minutos angustiado, con la vista puesta en la oscuridad que había más allá de las puertas de cristal de la entrada, con los oídos prestos a captar cualquier sonido que pudiera indicar la proximidad del asesino. En su mente se replicaba una y otra vez la imagen de esa patada llena de furia y maldad, las inútiles súplicas de ese hombre cuyo nombre desconocía y cuya culpa solo podía intuir.

Por fin, a lo lejos, las brillantes luces azules anunciaban la llegada de su salvación. Aferrado con ambas manos al pomo de la puerta esperó a que el vehículo se acercase, y solo se decidió a abandonar su escondite cuando lo vio girar noventa grados en dirección a su coche, aparcado unos metros a la derecha de la entrada. Entonces, y no sin temor, abrió la puerta, y corriendo bordeó el mostrador de recepción y cruzó el pasillo. Incluso habiendo dejado la puerta de cristal atrás, ya tan cerca del final, temió escuchar un disparo a su espalda.

Llegó al coche patrulla, del que en ese momento salía un agente de mediana edad, casi tan ancho como alto y de cabello escaso y gris, que sin duda se sorprendió al verle correr de ese modo, pues le recibió con el ceño fruncido, extendiendo hacia él las palmas de ambas manos como si pretendiera evitar que le arroyase. Apenas el agente le hubo preguntado si se encontraba bien y si era él la persona que había llamado, el escritor, convertido en un contenedor de adrenalina, le contó el crimen que acababa de presenciar.

—...llevaban traje, y no paraban de hablar de una tercera persona, para la cual trabajan. Por lo que he entendido de lo que decían, la víctima mantenía una relación con...

—Espere, espere. —Le frenó el agente tratando de comprender—. ¿Quién es usted, y qué hace aquí?

El escritor dio su nombre, y no sin cierto desconcierto ante lo que resultaba obvio, dijo que se alojaba en el hotel.

La expresión del agente mutó entonces hacia la incredulidad.  
—¿Que usted se aloja ahí? —preguntó, señalando a la espalda del escritor.

—Sí, claro —respondió este girándose hacia el hotel, ya molesto por lo consideraba una inaceptable muestra de ineptitud.

Y apenas concluido el gesto, enmudeció.

Sus ojos se abrieron como lo hacen los objetivos de las cámaras que tratan de abarcar la infinita majestuosidad del espacio. Pero era muy distinto lo que sus mortales globos oculares presenciaban. Las paredes desconchadas y los cristales rotos de todas las ventanas hablaban de años de abandono. Poco quedaba del cartel que de lejos había visto brillar en letras amarillas, y la entrada, esa que estaba seguro de haber cruzado hacía apenas dos minutos, resultaba ahora inalcanzable, cubierta como estaba por paneles de madera que los jóvenes del lugar habían usado para dejar su impronta con esprais de distintos colores. El más helado de los escalofríos le recorrió la espalda ante semejante imagen. No hubo palabra o pensamiento racional que pudiera explicar lo que se erigía como un faraónico desafío a la cordura.

A su lado, estando ambos entre el coche patrulla y el Mercedes del escritor, el veterano agente le observaba en silencio, analizando la expresión quebrada de un hombre que parecía estar cayendo por un abismo.

—¿Cómo sabe lo que ocurrió aquí? —le preguntó dándole cancha, intentando traerle de vuelta de sus pensamientos mientras decidía qué clase de perturbado era.

Brazos caídos, el otro bajó la mirada, ya llena de unas lágrimas que reflejaban la intensa luz azul que les iluminaba desde el puente de luces del coche patrulla, y negó con la cabeza.

—¿Lo que pasó aquí? Yo no sé nada de eso.

El agente juzgó que no mentía. Todo lo que acertaba a ver en el rostro de ese hombre era una tremenda confusión. Abrió la puerta del coche, y no sin esfuerzo, se estiró para hacerse con algo de su interior. Cuando volvió a incorporarse llevaba un termo en la mano.

—Tome un poco —dijo, ofreciéndoselo al escritor—. Le sentará bien.

—¿Qué pasó? —preguntó el otro.

Tras sopesarlo unos instantes, labios apretados y mirada escrutadora, el agente se decidió a complacerle.

—Debió de ser en el setenta y cinco o setenta y seis, cuando ocurrió. El hotel, así como el teatro y la pista de patinaje del pueblo, ya llevaban unos años en pie. Los dos últimos los había construido un rico empresario que, embriagado de éxito, había tenido la alocada visión de crear un parque de atracciones con el que esperaba atraer a decenas de miles de visitantes. Fue su modo de hacerse con el favor de los habitantes del pueblo. El hotel, en cambio, era la primera pieza de esa idea. Lo que no logró fue convencer a los inversores, que por algún motivo que desconozco, se echaron atrás. Pero como comprenderá, quien es capaz de construir de forma tan alocada no es de los que reculan ante la adversidad. Decidió continuar con sus planes, y para ello buscó otro tipo

de inversores; gente oscura que buscaba un modo de blanquear su dinero, ya me entiende. Atraído por semejante reclamo, uno de ellos quiso visitar el lugar antes de cerrar el trato, y junto a su mujer, su hija pequeña, el chófer y dos de sus guardaespaldas, se alojaron en este hotel.

Con la espalda apoyada sobre la puerta de su coche, el escritor apenas giró la cabeza hacia el edificio.

—¿Y qué pasó?

—Que de algún modo que no llegó a trascender —prosiguió el agente—, durante su estancia en el hotel el gran hombre descubrió que su mujer tenía una aventura con su chófer. Como podrá imaginar, montó en cólera. Llevó a la mujer a rastras por los pasillos hasta la habitación de su amante con vaya usted a saber qué macabras intenciones. Una vez llegaron, el chófer, sabiéndose perdido, logró en un primer momento eludir a los matones, que fueron tras él. Mientras eso ocurría, y estando a solas, el marido despechado, enfurecido por la humillación, dejó ir sobre su esposa toda la rabia que había en su interior. Primero fueron gritos, pero luego... La mató a golpes sin que ninguno de los otros huéspedes, a pesar de los gritos que anunciaban la tragedia, se atreviera a intervenir. Llevado por el miedo, sabedor de la clase de personas que eran esos recién llegados, incluso el recepcionista de noche corrió a esconderse. Como los demás, no quería problemas.

»Lo que ocurrió con el chófer una vez los matones le alcanzaron, usted, por lo que me ha contado, ya lo sabe. ¿Está seguro de que no ha escuchado la historia en alguna parte? A veces, la mente...

El otro negó con la cabeza. Le aseguró que ni siquiera sabía el nombre de la localidad en la que se encontraban.

El agente asintió.

—Entiendo.

El escritor, pálido, se echó las manos a la cara.

—Pues nada de lo que le he contado —agregó el agente—, fue lo peor.

—La niña —recordó el otro.

—¿También la ha visto?

El escritor meneó arriba y abajo la cabeza.

—Me pidió ayuda. Buscaba a sus padres.

Nada más agregó.

—Así es —confirmó el agente—. Aunque solo pudieron hacerse conjeturas al respecto, se cree que se despertó en mitad de la noche, y al no encontrar a nadie en su habitación, y estando en un lugar que le era extraño, salió a buscar a sus padres por los pasillos. Puede que llegara a la habitación en la que ellos estaban discutiendo, incluso que llamase a la puerta sin que en el fragor de los gritos y los golpes pudieran ellos escucharla. Quién sabe. El caso es que, reconociera la voz de su padre al otro lado de la puerta o no, debió de pensar que tal vez se habían ido sin ella, y en su infantil inocencia, y sin nadie en recepción que pudiera detenerla, decidió volver a casa. Anduvo por ese camino —lo señalo con el dedo siguiendo una línea desde el hotel hasta la oscuridad que había más allá—, y llegó a la carretera principal.

—Donde la atropellaron.

—Así es —asintió el agente, guardando en su memoria todos y cada uno de los gestos del escritor—. Un vecino del pueblo encontró su cuerpo a la mañana siguiente; quien quiera que fuese quien lo hizo, no dio parte de ello. Como puede imaginar, la muerte de la pequeña hizo enloquecer a su padre, que junto con sus matones, que habían empleado el tiempo en buscarla en vez de borrar las huellas de sus actos, fueron arrestados y acusados de las otras dos muertes.

»Después de eso ya nadie quiso invertir en el proyecto, y al poco tiempo, el hotel, acusado de estar maldito, fue abandonado.

El escritor dirigió una mirada de incredulidad y rencor hacia el edificio.

—Entonces, ¿es eso lo que he presenciado, lo que he vivido? ¿Una maldición? ¿Por qué? ¿Por qué yo?

El agente se cruzó de brazos y llenó los pulmones cogiendo aire por la nariz.

—Admitiendo que realmente haya presenciado usted esas cosas, lo que entenderá que desde mi posición es mucho admitir... ¿Quién sabe?

—respondió encogiéndose de hombros—. Tal vez lo que haya quedado impregnado ahí dentro tenga unas sombras alargadas capaces de desafiar las normas que damos como ciertas, y quiera que, de algún modo, usted se encargue de que lo que aquí ocurrió no sea olvidado.

Y echándose hacia atrás, mirándole de un modo analítico, le preguntó:

—Por cierto, ¿a qué se dedica usted?

Y el escritor, al que una suave brisa rozó las mejillas haciendo que su piel se erizase, supo lo que tenía que hacer.